los siglos, desde el nacimiento de la Iglesia hasta nuestros dias, se han demostrado la superioridad y prerogativas del episcopado. Nuestros lectores tendrán á bien perdonarnos los pormenores en que hemos entrado, porque conviene en nuestra época recordar todas las nociones verdaderas sobre el régimen de la Iglesia, muy olvidadas por desgracia. Tal es pues su gobierno segun resulta de la sencilla esposicion de los principios y de los hechos.

¿Podremos admirar lo bastante toda la magnificencia de esta divina obra, comprender su armonía, y calcular sus asombrosos efectos! El fundador divino de la Iglesia no pudo dejar su obra incompleta para que la acabaran de levantar las pasiones, los tiempos y las circunstancias. Por esto el catolicismo corresponde perfectamente á las tres necesidades ya marcadas de nuestro siglo: de fé, de progreso, de paz y de union.

En vano se buscarian en las antiguas religiones datos un tanto precisos sobre la fé de los pueblos: el centro necesario de las esperanzas del hombre despues de su caida era la venida del Reparador divino prometido á la humanidad, y el conocimiento del Dios verdadero se habia adelantado á todas las supersticiones y á todos los errores. Con todo, la nacion Judía, esceptuada evidentemente por un destino especial, consideraba una y otra con ojos carnales, y estaba dominada del deseo de las prosperidades temporales. El paganismo atribuia á las piedras y á la madera un nombre incomunicable. Si aplicando el oido percibia por entre el prolongado eco de los siglos una voz de esperanza y de temor, que le advertia que gravitaba sobre él un crímen hereditario, y le mandaba que levantara su cabeza hácia el verdadero Restaurador de los siglos, no era mas que un rumor confuso que al parecer no hacia sino inflamar sus inclinaciones disolutas, y adormecer sus remordimientos. Los esfuerzos mas ingeniosos del pensamiento humano no habian conseguido otra cosa al cabo de cuatro mil años, que multiplicar toda clase de deleites y todo género de errores. Unos razonamientos sin aplicacion y sin objeto ofrecian un aspecto tan desagradable, como un contraste manifiesto de cultura intelectual y de general degradacion: se habia discurrido toda especie de medios comunicativos entre los hombres y los dioses. En esta confusion no cabia la fé: un ojo observador no descubre allí, propiamente hablando, esa obligada creencia de unos dogmas por la autoridad de la palabra de Dios.

En la filosofía oriental, griega y romana se proclamaban opiniones, pero no creencias; el racionalismo y no la fé; esta fé que es el consentimiento prestado á una doctrina ó á unos hechos por la autoridad que enseña ó testifica. Si despues de muchos siglos se celebra como una emancipacion gloriosa la trasformacion de las creencias en libres investigaciones de la razon humana, nos parece que vemos al astro que preside el mundo de las inteligencias, volver á la nada de donde le sacó una voz creadora, renacer el caos, y estender otra vez la obscura noche sus velos sombríos sobre elementos informes y confusos. Luchando sin cesar la humanidad con las seducciones del espíritu y del corazon, sucumbiria continuamente en la pelea, al modo que un navío agitado por la tempestad y con incierto rumbo en medio de la lobreguez del cielo iria á estrellarse en los escollos del piélago embravecido. En vano se repite que la única doctrina admisible, la sola compatible con el espíritu del siglo y nuestra constitucion, es aquella que consiste en escoger de cada una de las creencias establecidas y admitidas la parte de verdad y de dignidad que encierran (1). El eclecticismo quebrando el sello que comprueba la divinidad del cristianismo, lejos de producir un determinado símbolo, un todo, solo podria amontonar contradicciones y ruinas, así en religion como en filosofía. Daria á luz un sistema ataviado, pero miserable, á la manera de un rico de otro tiempo cubierto con algunos harapos de púrpura que atestiguaran su antigua grandeza; pero que reducido á la mendicidad revelaria á todos los transeuntes su estremada pobreza. No, la razon humana no puede ser un guía seguro para formar creencias; bastante tiempo se estravió y vino á encallar en tristes arenales. Necesita fé, esa fé cuyo principio es la divina gracia, que obra sobre la inteligencia y voluntad del hombre sin alterar su libertad. Estrañamente se engañan aquellos que felicitan á su razon, emancipada de la fé sobrenatural y divina, no queriendo deber nada sino á las fuerzas naturales de la razon y de la voluntad. La naturaleza humana no puede ser una barrera levantada por las manos de Dios contra él mismo.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo objeto no es la verdad percibida por la evidencia, ó conquistada por la demostracion, sino la que conocemos ciertamente como revelada. La una móvil tomaria todas las formas variables y diversas del entendimiento humano, cuya obra apareceria ser, mientras que la otra inmutable es la firme roca sentada por la mano divina en la playa que circuye el océano de la vida. A sus piés van á estrellarse las olas de una delirante razon que como el ángel caido quiere hacerse igual al Eterno.

Necesidad de fé, de esa fé cuyo motivo es la autoridad divina. El hombre, despues de adquirida la certidumbre de la revelacion, por motivos poderosos de credibilidad, cree á causa de la infalibilidad de Dios para conocer de su veracidad esencial para decir, y de su absoluto dominio para intimar su voluntad.

Necesidad de fé, de esa fé cuya única regla no es la autoridad privada, ni la razon individual erigida en árbitro esclusivo de la creencia; sino que su regla viva y su órgano son la autoridad de la Iglesia en el órden mas apropiado á la naturaleza y necesidades del hombre, esencialmente formado por la sociedad. Tal es la fé que eleva sus facultades á un estado sobrenatural y divino, sin anonadar la razon que dentro de sus límites ejerce su imperio. Los motivos de credibilidad ecsigen de ella el ecsá-

(1) Quinet, *Rev. de ambos mundos.*

men mas detenido. A menos que reniegue de sí misma, adquirida la conviccion de que Dios ha hablado, se ve obligada á someterse á su autoridad. Esta es la fé sobrenatural y divina, que hemos demostrado que con la mayor urgencia necesita nuestro siglo. Esta es la que proclama el catolicismo. En su gobierno halla toda su fuerza bajo diversas relaciones, un principio doble que protege su invariable unidad, y la dilatacion de su luz, que así como un sol sin declinacion y sin aurora, alumbra simultáneamente los dos hemisferios del mundo del pensamiento. Todos los poderes de la soberanía espiritual se hallan concentrados en el Papa, único jefe supremo de la Iglesia, y la unidad de la fé no está menos representada que afianzada por la unidad del sucesor de Pedro. Investidos los obispos con los derechos de la soberanía, y repartidos por los diversos puntos del globo, son los defensores ardientes y propagadores celosos de esta fé, cuyo depósito les está confiado. Así es como halla en la autoridad infalible comunicada por Dios á su Iglesia elementos de conservacion y de perpetuidad. Si se suscitan discusiones dogmáticas, juzga el obispo en primera instancia, y el Papa en último recurso. Pero si se manifiestan escándalos; si los enemigos de Dios se atreven á insultarle con blasfemias, decia elocuentemente Bossuet, sales de tus murallas, Jerusalem, y te formas en batalla para combatirlos: siempre hermosa en esa actitud porque nunca te abandona tu belleza; pero de repente te presentas terrible, porque un ejército que parece tan hermoso en la revista, ¡cuán terrible es cuando ve contra sí todos los arcos armados y enviertas todas las picas! ¡Qué terrible eres, Iglesia santa, cuando marchas con Pedro á la cabeza..... derribando las soberbias cabezas y toda altivez que se levanta contra la ciencia de Dios, oprimiendo á tus enemigos con todo el peso de tus cerrados batallones, abrumándolos juntamente ya con toda la autoridad de los siglos pasados, ya con toda la ecsecracion de los siglos futuros!" A la manera de un rio magestuoso deriva la fé de este conjunto admirable, donde vienen á concentrarse, como las olas del océano, todos los poderes de la soberanía espiritual. Una sola cabeza hace que en un instante se muevan todos los resortes de esta ciudad edificada sobre la montaña, y dispone sin obstáculos de todos los medios de accion que encierra. Tan distante del despotismo como de la anarquía, no tiene tampoco que sostener la incesante lucha con una democracia que interviniese sus actos, y pudiera derribarla á su antojo. En ella no se ve que se observen con desconfianza los poderes como generales rivales que en el campo de batalla se encuentran y se hieren mortalmente, hasta que el mas fuerte, arrollando al mas débil, se cubre con sus despojos, y quedando solo en pié sobre ruinas, despliega una nueva bandera. En el catolicismo la autoridad espiritual es una como su fé: su marcha es protegida únicamente por instituciones divinas como ella, y que lejos de conmover su trono le fortifican.

Ella anima al progreso, y propende á reunir los ánimos con los dulces vínculos de la tolerancia y del amor. Solo las inteligencias son realmente sociables, porque unas relaciones puramente físicas no pueden constituir verdadera sociedad. Para las cosas materiales no hay mas que mezcla y clasificacion; de modo que el vínculo social no puede ser otra cosa que un conjunto de relaciones, por las cuales se unen los hombres en la parte mas elevada de su sér, la inteligencia y la voluntad. De estas relaciones que unen á los hombres entre sí, nacen deberes cuya base no puede subsistir sino en las relaciones que unen al hombre con Dios; porque la nocion de deber, implica necesariamente la idea de una voluntad superior que tenga derecho de imponerse á la voluntad á quien el deber comprende, y la idea de una sancion en una justicia infinita. Por tanto, la sociedad temporal nace de la sociedad espiritual. De donde se deduce que una sociedad temporal está destinada á una perfeccion tanto mas alta, cuanto mas perfecto es el principio depositado en su constitucion por una sociedad espiritual. Véase aquí por qué en el catolicismo, la mas perfecta manifestacion de Dios, se hallan la regla de los adelantamientos de la sociedad humana y el gérmen de la mas elevada perfeccion social. Y esto nos esplica tambien cómo no fué concedido á la sociedad en tiempos remotos llegar á las alturas á que ha podido levantarse desde que ilustrada con la palabra de Jesucristo, se ha empapado en su sangre entregándose en las manos de la Iglesia. De esta alta autoridad espiritual, encargada de esplicar durante toda la serie de los siglos la ley perfecta de justicia que el Evangelio encierra, han salido un mundo nuevo, el descubrimiento de un conjunto de verdades que estaban en embrion en las primeras tradiciones del género humano, y la transformacion de la sociedad religiosa por la institucion de la Iglesia. El principio espiritual que ella aportó, ha sucedido al principio material de la antigua civilizacion; y la humanidad ha sido guiada por las sendas de una nueva civilizacion digna de su alto destino.

Los griegos que se habian distinguido por su esquisito gusto en las artes, por una persuasiva elocuencia y una risueña poesía, no habian variado realmente nada en el fondo las ideas y hábitos de la humanidad. Los romanos que se levantaron desde el mas débil orígen hasta el mayor esplendor, sucumbieron por fin de despotismo, de miseria y de infamia, con su constitucion que fué la obra maestra y el azote del antiguo mundo. Todo debia repararlo la Iglesia. A ella sola tocaba el pensamiento de humanidad, que debia regenerar al mundo y reunir todos los hombres bajo una misma bandera. Hasta entonces los elementos de prócsima disolucion minaban el cuerpo social, encorvado bajo el yugo de goces materiales, abismado en una letárgica indiferencia, y caminando sin objeto y despedazado por el furor de la anarquía, ó gimiendo bajo la cuchilla del despotismo. No era el universo mas que un espacioso anfiteatro, de donde se levantaban mil clamores fúnebres y confusos como de un reñido combate de gladiadores. Pero libre de sus mantillas, la civilizacion nació del seno de

la Iglesia. Basta contemplarla para ver cómo desaparece el egoismo de los dias antiguos en las olas de su caridad, y sale de ella como por añadidura la libertad de las naciones. Cuando se hundia el edificio de la sociedad añeja, al oir el chasquido prolongado de eco en eco, cualquiera hubiese dicho que todo iba á confundirse en un abismo impenetrable. Mas en medio de la polvareda amontonada por tantas ruinas, recogia la Iglesia con sus pontífices los esparcidos escombros de la antigua civilizacion: sus multiplicados monasterios fueron otros tantos asilos abiertos á la virtud, á las ciencias y á las artes, y otros tantos focos de una nueva civilizacion, tan noble en sus emociones, como inagotable en sus recursos; de una sublime civilizacion, que debia levantar en la larga serie de los siglos, admirables monumentos de ciencia y caridad. Su gobierno espiritual consagra todos los principios de sociabilidad; y el amor fraternal que inspira, es la mas segura fianza de la estabilidad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Reprimiendo las pasiones turbulentas, opone un saludable freno á los estravíos de la multitud, y en el sagrado código que le fué legado por su fundador divino, los reyes aprenden á llevar dignamente su corona. No hay clase alguna en el estado que no haya sacado de él su dignidad: ni peligro alguno que no halle allí un muro, ni desgracia que no encuentre su remedio, ni mérito que no funde en él sus esperanzas, ni dolor al que no sirva de bálsamo, ni virtud que no logre su apoyo y su progreso. En él se nos descubre el modelo que las sociedades temporales deben procurar con todas sus fuerzas imitar, sin poder copiarle jamás con esactitud; la perfeccion del órden y de la libertad en la armonía de todas las voluntades, identificándose mas y mas con la voluntad infinita de Dios. Las sociedades temporales hallan evidentemente las condiciones del progreso por su union con esta sociedad espiritual. Estendiendo el reinado de la ley de Dios, hace prevalecer la idea del derecho que cada dia deja á la inteligencia mas ancha esfera de actividad, y de consiguiente es menos necesaria la intervencion de la fuerza material. Por eso los pueblos unidos con la Iglesia, cualquiera que sea el punto de su partida, adelantarán en las sendas del progreso social. El señor Carné decia poco há en la tribuna (1): "La influencia francesa va en todas partes asociada con el triunfo del pensamiento católico, y estoy íntimamente convencido de que si ocurriese un funesto divorcio entre la opinion pública y el principio católico en Francia, se resentiria profundamente la situacion de la Europa. En España el partido que con mas energía resiste á las tentativas que en la actualidad se hacen para separar á este pais del centro de la unidad católica, es el que necesaria y legítimamente hay que llamar el partido francés. No es único este hecho: no ocurre solamente en España, sino en todas las partes del mundo. A la hora de esta ya nada seriamos en Oriente, si no fuésemos aún la gran nacion católica, el pueblo de las cruzadas y de S. Luis. Si se pronuncia aún el nombre de la Francia con simpatías, con respeto, con cierta confianza para lo venidero hasta en las gargantas del Líbano, es porque nosotros representamos un principio religioso, diferente del que otros dos quieren hacer que prevalezca. Si tenemos aún mucha importancia en Alemania, si causamos inquietud á algunos gabinetes, no es menos como potencia católica que como potencia constitucional. No solo en Alemania y á las orillas del Rin se descubre semejante situacion, sino en Bélgica, en Irlanda y sobre todo en esa heróica Polonia, que se agita hoy en su martirio. ¿Por qué palpita su corazon en consonancia con el nuestro? ¿Por qué la Polonia es y será siempre católica como la Francia? No demos, pues, asaltos indiscretos á la fé religiosa, á la unidad católica, y no comprometamos con tanta ligereza los mas caros y mas permanentes intereses de la Francia."

(1) Sesion del 18 de Mayo de 1842.

Así no podemos deplorar lo bastante estos sistemas, que hostilizando al catolicismo, van á buscar la firmeza de los estados en una situacion opuesta á la naturaleza de las cosas. Solo sirven de principios de universal desorganizacion, sustituyendo opiniones á la verdad, la licencia al órden y la humana razon á los oráculos de la divinidad. Desde entonces se manifiestan los síntomas mas inquietantes, se agitan los elementos del mal, y se convienen los del bien en objetos de odio; y conmovida la sociedad hasta sus cimientos, tiembla por su ecsistencia en el centro de cuanto debia asegurar su tranquilidad y su dicha. Si se llegara á separar completamente la sociedad temporal de la espiritual, al instante perderia aquella las condiciones del progreso y las de la vida social. Encorvados bajo el látigo del despotismo, ó roto el vínculo social por las sangrientas manos de la anarquía, marcharian los pueblos por entre los combates de una desenfrenada licencia ó de un poder desarreglado hácia la verdadera decadencia. Una sociedad falta de creencias no progresa mas que hácia el abismo, lo mismo que un barco desmantelado voga al acaso por mares sembrados de escollos y fecundos en naufragios. Este vínculo que todo lo une, que de todos los pueblos forma uno solo, de todas las familias una sola, y de todos los hombres como si fueran uno, es la Iglesia, el vínculo de la humanidad regenerada en Dios. No hay entendimiento despejado que no comprenda que el vínculo religioso, tal como le forma esta Iglesia católica por encima y fuera de todas las nacionalidades, es el primer lazo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos. Repugnaria al dogma fundamental de su constitucion divina el que no pudiese establecer una confraternidad política entre diversos pueblos, sometidos á la Iglesia, á pesar de la diferencia de sus legislaciones. Sí, apareció en el mundo para reunir á todas las naciones en la misma fé.

Los que aparentaren echar menos el mezquino y bárbaro civismo de los pueblos antiguos, no comprenden aquellos tiempos ni los nuestros: intentar que retrograde á ellos la sociedad actual, seria lo

mismo que vestirla en su edad viril con las ropas que usaba en su niñez. Pero si nos quisieran imponer un cristianismo de lujo y de dorada civilizacion, seria lo mismo que destruir hasta los vestigios del pensamiento religioso, como la virtud romana, que dependiendo del arado desapareció en el lujo y delicias del imperio. Vosotros que decís que ya no es el catolicismo propio de estos tiempos, y que el suyo pasó, que ha muerto, os engañais mucho. La fé antigua es como la gloria antigua: no pueden perecer. El anillo del tosco pescador de Galilea que sella aun sus decretos, es su mas hermoso título, porque es la prueba irrecusable de su divinidad. Si estuviera muerto el catolicismo, como se ha querido suponer, tiempo haria que el género humano, cayendo otra vez en los horrores del paganismo, se hubiera sumergido en su triste abismo. Habrianse cambiado tambien las naturalezas divina y humana, si hubiera cesado el catolicismo de esplicar su union y de ilustrar sus misterios. Pero vive; y lejos de hallarse en la agonía, descuella como una misteriosa inspiracion en las obras de la inteligencia, fijo sobre nuestro sucesivo destino, como una arca de salvacion, y un abrigo contra las tempestades de la duda y de las pasiones. Bebiendo en este manantial de vida y de amor, la especie humana traza una línea progresiva en la civilizacion, se reconstituye la gran familia, se ilustran los entendimientos, y los corazones sentenciados fuera de él al suicidio y á la desesperacion, trepan por la escarpada pendiente del Sinai, en cuya cima lograremos contemplar al Eterno en el seno de su magnificencia. ¿Estará herido de muerte el catolicismo? No: en todos los combates ha salido con gloria. No hay género de arma que él no haya destruido: á cuantos terrenos se le ha llamado, ha concurrido y conseguido el triunfo: no hay enemigos que haya dejado de derrotar. El mundo puede conmoverse y caer, y un imperio desaparecer; pero el catolicismo no puede sepultarse bajo ninguna clase de ruinas. No dejará de brillar la Cruz sobre los escombros de los imperios caidos, dominando el mundo desde lo alto de la inmoble piedra del Capitolio. Ha sobrevivido siempre el catolicismo á los funerales de aquellos que se habian apresurado á celebrar los suyos. Diocleciano erigió una columna para anunciar al mundo que le habia herido en el corazon: cayó la columna, el perseguidor murió, y el catolicismo reina aún en toda la tierra. En el siglo octavo estuvieron bien cerca los sarracenos de darle un golpe mortal; pero Dios puso su espada en manos de un rey cristiano, y los campos franceses fueron testigos de la espantosa derrota de aquellos. Ochenta años estuvo gritando Voltaire a la Europa entera que el catolicismo tocaba ya á su última hora: Voltaire murió, y el catolicismo no ha dejado de permanecer depositario de las promesas de aquel que le dejó por herencia todas las naciones de la tierra. Napoleon dijo al Papa que estaba cautivo entre sus manos; pero inmediatamente forzado por una inspiracion superior aquel conquistador que amenazaba á la religion, alargó la mano y la levantó de su postracion. Los eclécticos no han cesado de variar este tema en todos los tonos imaginables: ellos caen á todas horas, y el catolicismo queda en pié sobre la fria losa que cubre sus cadáveres. Vive el catolicismo y su marcha triunfal en el seno de la civilizacion cristiana no se detendrá hasta que á la cadena de los tiempos suceda la eternidad incomensurable. El pontificado ecsiste, no en estado de ruina ó decadencia, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. Vive el catolicismo, y el número de sus hijos es mas considerable que en ninguno de los siglos anteriores. Por esta autoridad de doctrina y el gobierno pastoral que le constituyen, sus conquistas en el nuevo mundo han recompensado con usura lo que ha perdido en el antiguo: y su espiritual supremacía se estiende hasta las inmensas regiones situadas entre las llanuras del Missuri y el Cabo de Hornos. Grande y respetable era antes que los sajones hubiesen pisado el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubiesen atravesado el Rin, cuando aun florecia en Antioquía la elocuencia griega, cuando se adoraba á los ídolos en el templo de la Meca. Grande y respetable es hoy, como lo será siempre. La misma muerte es impotente contra la promesa de inmortalidad que ha recibido: bien podemos decir con un ilustre escritor de nuestro siglo: "Es una águila herida junto á las nubes por mil tiros que se la dirigen: cae en la tierra su sangre gota á gota, se la ve con la cabeza abatida, como si señalara el paraje donde va á espirar entre el polvo; pero reanímala muy pronto una fuerza secreta, y toma un vuelo tan rápido y vigoroso, que da bien á entender que nada puede fatigar su aliento, ni apurar su vigor. Así proseguirá su vuelo, sin detenerse nunca, y estendidas magestuosamente sus alas sobre todos los siglos, no se plegarán jamás hasta que los últimos restos del universo se hayan hundido. Esta duracion hará su gloria, así como sus nobles desgracias son su privilegio."

No reparemos fijar en este lugar nuestras miradas un momento. Contempla, hombre, bajo del báculo del sucesor de Pedro esa innumerable sociedad esparcida por todos los lugares del universo y heredera de las tradiciones de diez y ocho siglos, que te dice así: "Dios me fundó un dia para que durase todos, para enseñar á todas las naciones hasta el fin de los tiempos." Ella lo dice, lo afirma: cree el testimonio invencible de esta sociedad sobre este hecho social; ó si no atrévete á responder á un pueblo entero, que testifica su ecsistencia: tú no eres....

Todo el tiempo que las naciones permanezcan fieles á la monarquía espiritual templada que los rige, será para ellas un principio de fé, de progreso y de union, y el manantial de la mas alta perfeccion material y social. Pero si llegáramos á abandonarla, sus beneficios se irian con su influencia de entre nosotros, y nos amenazarian horrorosas catástrofes. No nos engañemos, y aprendamos en lo pasado lecciones para lo futuro.